

I. De Petrarca a Clooney

Cuando leí que George Clooney se había comprado un palacio en Venecia, volví a morirme de envidia y de unos celos de tal naturaleza que me hacían rondar la psicosis. O tal vez la psicopatía. Me dije que también quería uno, a un palacio me refiero. Así que, cuando sé que he de estar tres meses en esta ciudad, pienso que es el momento de tenerlo. Solo que mi parecido económico con él es muy muy remoto. Las otras similitudes... también están muy lejos. Así que vivo en una pequeña casa que tuvo vocación de ser suntuosa sin alcanzarlo. Está en la calle Paradiso del barrio de Castello. Es elegante y ruinoso, de ahí que el precio del alquiler sea el que es. Una decisión estetizante y decadente, además de realista respecto a mis finanzas. De la necesidad, virtud. Esta zona es encantadora y sugerente. Eso no es mucho decir, por cierto que sea, ya que casi cada lugar de Venecia es así. Algunas de las casas más antiguas de la ciudad están aquí. Alrededor hay pequeñas y bonitas librerías en las que se pueden encontrar libros y guías que no hay en otros lugares.

Esta calle, estrecha y sencilla, es una reliquia de la urbe medieval. Se hace aún más evidente si se observa el arco y el puente que conduce a ella. Tiene un escudo con símbolos de los Foscari y los Mocenigo, dos poderosas familias locales. Algunos piensan que el arco se construyó para celebrar el matrimonio de Pellegrina Foscari y Alvise Mocenigo. Pero, cotilla impenitente, ese matrimonio se celebró en 1491, según los libros, y el arco parece anterior. Otros historiadores, menos aficionados a Romeos y Julietas venecianos, lo atribuyen a la necesidad de dejar testimonio del intercam-

bio de propiedades entre esas familias. Leí hace poco la referencia a una traducción de la obra de Shakespeare titulada *Romeo y Julia*. Según el autor, así ha de ser denominada la dulce e inteligente adolescente. Me gustó la precisión y de ahí esta digresión.

Escribo un libro sobre Venecia. Es un encargo de una editorial para su colección de literatura de viajes. Es una tarea con mucha solera histórica, ya que, allá por el siglo XII, empezó a aparecer algo semejante a las guías turísticas, debido a los peregrinos y a los cruzados. Para la mayoría de ellos, la ciudad era una estación intermedia para llegar a Jerusalén. Eso creó la necesidad de atender a esos prototuristas. Las malas lenguas decían que muchos ya no seguían más allá.

Los viajeros necesitaban orientarse en una ciudad tan compleja y diferente de la propia. Pruebe el lector a tratar de no perderse o a seguir las indicaciones de los letreros que dicen señalar la ruta hacia San Marcos o Rialto. El caso es que la ciudad era un punto de transición y descanso. En el siglo XIV se hizo famoso el Luna Hotel, situado en la Piazzetta, que ofrecía comidas, ropa limpia, cuidados sanitarios y prostitutas. Todo. Los libros, guías y recomendaciones, con mayor o menor calidad, fueron apareciendo. A partir del Renacimiento, y hasta el siglo XVIII, se publican unas curiosas guías que se denominan *Ars Apodemica*. Resumían el saber del que se disponía acerca de lugares significativos, lo que aportaba a los viajeros información previa del lugar que iban a visitar, y los aconsejaban sobre cómo hacerlo en las épocas en las que se desarrollaba el *Grand Tour* de los jóvenes acomodados por la Europa clásica. Pero no solo eso. Lo más importante es que animaban a colaborar con esas publicaciones, de forma que estas obtenían nuevos datos e informaciones sobre los lugares que se visitaban, ampliando así el conocimiento que de ellos

se tenía. Una guía que daba y recibía. Una interacción a la que en la época de internet estamos muy acostumbrados, pero en esos siglos era una gran novedad y uno de los gérmenes del método científico empírico. Era una experiencia y una aportación para la comunidad. De esa manera, se convertía en un acontecimiento biográfico notable. Los viajeros europeos se beneficiaron mucho de ellas.

Es notable, y muy temprana, la que Francesco Sansovino, hijo del arquitecto de la Biblioteca Marciana, Jacopo Sansovino, publicó en 1581. Se titulaba *Venetia, città nobilissima et singolare, Descritta in XIII Libri*, y contenía una descripción, barrio por barrio, de las iglesias y palacios que había que visitar.

Una nota algo erudita tal vez sea de utilidad. El raro término de *apodemica* es un neologismo que deriva del griego *apodemein*, que significa «dejar la casa, viajar fuera». Así que estamos hablando de un arte, el de viajar, al igual que en la antigüedad clásica se escribía sobre el arte de amar.

La experimentación en carne propia, y no a través de viajeros interpuestos, explica la importancia de las guías desde hace siglos y su constante aumento, ya que viajar, hacer turismo, es una práctica antigua. Lo nuevo es que sea masivo. El primer libro español de este género del que se tiene noticias, y que también hace la función de guía, es del siglo IV. Se trata de un relato concebido en forma epistolar realizado por una mujer noble llamada Egeria. Del *Viaje de Egeria* solamente se conserva una parte de las notas acerca de los lugares bíblicos visitados entre los años 381 y 384. Eran tiempos en los que se puso de moda visitar los Santos Lugares siguiendo la estela de Elena, la madre del emperador Constantino; tanto, que san Jerónimo se lamentaba de la aglomeración, de ambos sexos, que había que soportar. ¡Habría que escucharlo ahora! Valdrá la pena mencionar

que Egeria es una viajera ilustrada. Se documentaba sobre los lugares que iba a visitar y en su equipaje llevaba consigo libros y guías. En el momento de la visita, además de las plegarias, leía el pasaje correspondiente de la Biblia, utilizándola como guía turística. En cada lugar entraba en contacto con el obispo o clérigos que allí vivían, y que la acompañaban e ilustraban. Y luego escribía con todo ese material.

Ver, sentir, palpar, oler, estar allí, tener la experiencia es la forma de conocimiento que se suele atribuir a la modernidad. Aunque eso sea cierto, el libro de Egeria muestra que esa sensibilidad era antigua. Pero a partir del siglo XVII, las clases altas ya no se conforman, por ejemplo, con leer los relatos de Marco Polo. Ahora es uno quien ha de ir a Bujará o a Xian. Los *Paseos por Roma*, de Stendhal, son una maravillosa muestra de esta literatura animadora. Esa experimentación en primera persona explica la importancia de esas guías desde hace siglos y su constante aumento. Nada menos que Carl Linneo publicó la descripción de las características físicas y psicológicas que se han de exigir al viajero o peregrino: castidad, solicitud, diligencia, religiosidad, apoliticismo, austeridad... y, cómo no, amor por la historia natural. Me gusta la idea de pedir un cierto nivel al viajero, aunque, francamente, el que esto escribe no daría la talla en varias de ellas. Ni tanto ni tan poco, como limitarse a saber hacer un vulgar *selfie* como ridícula implicación personal con el lugar visitado.

Desde hace siglos casi todos los que vienen a Venecia suelen ponerse a la tarea de escribir. Lo que pasa es que algunos se llaman Petrarca, Casanova, Goethe, Voltaire, Mann, James, Proust, Celan, Sartre, Pound, Brodsky... Eso convertía la tarea en algo próximo a lo imposible. Me recordaba lo que dice don Luis Mejía a don Juan Tenorio tras el engaño a doña Inés de Ulloa: «Yo la amaba. Sí. Mas con

lo que habéis osado, imposible la habéis dejado para vos y para mí». Obviando la misoginia del texto, algo parecido nos pasa a todos al escribir después de haberlo hecho ellos. Pero, voluntarioso como soy, lo voy a hacer. Con bastante escepticismo, por si acaso. Ya Charles Dickens dijo que la realidad de Venecia superaba la capacidad imaginativa del más fantástico soñador. También cabría no escribir nada, quedar en deuda con esta ciudad y con el editor; y ya está, sin más. Este impecable razonamiento apenas me sirvió de nada. Y, para ponerlo peor, era consciente de que hubo un relato impactante, muy anterior al de este viajero y a todos los que he mencionado, que cuenta cómo alguien decidió intervenir en un mundo caótico para separar el agua de lo seco. A uno lo llamó tierra y a lo otro, mares. Así lo describe la Biblia, sin embargo, el procedimiento no salió bien del todo, y quedó un pequeño territorio intermedio. Ni agua ni tierra o, si se quiere, agua y tierra a la vez. Al fondo del Adriático, en una pequeña laguna, apareció un lugar disidente, subversivo. Y en él, como un desafío a ese creador, se desarrolló la más bella ciudad del mundo. Ahí se inicia la historia de Venecia.

Es inexacto usar aquí el singular, más propio sería hablar de Venecias: una fantasmal, otra real, otra histórica, otra literaria, otra imaginaria, otra delirante, otra condenada...; tal vez por eso es inagotable. Se puede saltar de una a otra. Y todas son completas y raras y capaces de resonar con eficacia en eso que sea el alma humana. Nunca creo haberla comprendido, a Venecia, digo; al alma, aún menos. Y nunca tengo bastante como para no desear volver una y otra vez. Es lo que pasa con las obras maestras, siempre están por delante de uno. Y, aunque se encuentra en declive desde hace ya cientos de años, conserva intacto su encanto delicado, frágil y bello. Supongo que es su excepcionalidad lo que la hace tan conmovedora, lo que me ata a ella. O tal vez sea esa

debilidad, esa fragilidad que ahora tiene. Su belleza deslumbrante la aleja de nosotros, pero su vulnerabilidad la acerca. Es una ciudad que produce más sensaciones de las que se pueden gestionar. Las calles, las plazas, las iglesias, los palacios están hechos de una mezcla coherente y armónica de mármoles de varias tonalidades y bellos ladrillos rojos...; y, sobre todo, canales. Y puentes. Ha habido más lugares así. Dicen las crónicas que Tenochtitlán, la capital azteca que vieron los españoles al llegar al Nuevo Mundo, también era muy hermosa. Viajeros por China describieron también ciudades con canales y bellos edificios. Lo que la diferencia de ellas es que a esta resulta fácil acceder. Las otras ya no existen. Dejando al margen este crudo realismo, lo que nos conmueve aquí es la acumulación en una laguna, donde el mar Adriático forma una elegante media luna con Europa, de estilos arquitectónicos y urbanísticos entre oriental, occidental, mítico y poético de una belleza inefable. De ahí surge una ciudad distinta a todas. La atmósfera, el ambiente no es el del Estambul otomano e islámico ni el de las viejas ciudades europeas medievales o monumentales, siempre con una referencia final a Roma.

Una clase social que empieza a sentirse segura, poderosa y rica va creando un tipo de ciudad que más bien se vincula con Bizancio o, más exactamente, a una forma idealizada de ella, más imaginaria que real. El resultado es que Venecia posee elementos bizantinos, romanos, medievales, barrocos, renacentistas, incluso los siglos XX y XXI empiezan a asomarse a sus canales, lo que contribuye aún más a esa mezcla fantásticamente acertada que es esta ciudad. Es como si, de forma invisible pero real, contuviera la esencia de toda ciudad humana.

Su anormalidad es evidente. No hablo ahora de su atractivo, sino de las condiciones materiales habituales de una urbe